

XIV Reunião de Antropologia do Mercosul

01 al 04 de Agosto de 2023, Niterói (RJ)

Grupo de Trabajo 06: “Antropología como campo de acción: interfaces e intervenciones del conocimiento antropológico en los asuntos de la vida común”

Coordenação

Ana Carneiro (UFSB), Julieta Quirós (CONICET), Marina Vanzolini (USP)

Reflexiones desde el ser parte: etnografiando los procesos de revitalización del mapuzugun desde la militancia (Argentina)

Malena Pell Richards. Universidad Nacional de Río Negro (UNRN). Instituto de Investigaciones en Diversidad Cultural y Procesos de Cambio (IIDyPCa). Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

Introducción

El objetivo de esta ponencia es reflexionar sobre lo que he denominado “el ser parte” en mi trabajo etnográfico en tanto me encuentro pensando mis preguntas en relación a un proceso de fortalecimiento del idioma mapuche, el mapuzugun, entre las provincias de Río Negro y Neuquén. Lo que va configurando esta cualidad es mi participación como enseñante y estudiante del idioma, al mismo tiempo que es este el tema de mi doctorado. Entiendo que a través de esta explicitación en mi forma de trabajar sobre la temática, podría aportar a debates metodológicos de otros compañeros con quienes tenga similitudes en la forma en la que fue adoptando mi quehacer y por otra parte, intentar responder y/o sumar otros interrogantes como los planteados en la convocatoria a este GT.

La organización de este trabajo estará ordenada según los siguientes apartados: en primer lugar, una delimitación del campo en el que me encuentro inmersa abordado desde el enfoque de la Antropología de la memoria pero pensando específicamente sobre la transmisión de la lengua. Un segundo momento, en el cual el interés radicará en dar cuenta la forma en la que se fue moldeando mi lugar en el campo para llegar al último que reflexionara sobre los desplazamientos o tensiones las cuales, parecen ser constituyentes de mi quehacer etnográfico.

La crisis de transmisión, revitalización y fortalecimiento del mapuzugun

El proceso de fortalecimiento del mapuzugun suele ser referido como revitalización. Reconociendo algunas lecturas clásicas de la lingüística que ya no están vigentes, muchas veces este término es criticado en tanto quedó en el sentido común esta noción de que volver a dar vida a la lengua, asumiendo que ha llegado a obtener el carácter de “extinta”. Sin embargo, a lo largo de este trabajo, este término será utilizado similar a una categoría nativa. Quienes se reconocen recuperantes, enseñantes y a veces hablantes entienden por revitalización a una mayor presencia en escenarios públicos en actos, marchas, ceremonias y también la proliferación de mayores espacios de enseñanza-aprendizaje autónomos. Habiendo realizado estas aclaraciones, paso a describir más precisamente el escenario en el cual se sitúa mi proyecto de investigación de doctorado.

Quizás sea redundante pero, no puedo evitar referirme a las preocupaciones por los modos de movernos en el campo y el hablar o escribir sobre ello. Tal como viene siendo trabajado hace varias décadas (Geertz 1997, Fabian 1990, Spivak 2003), entre quienes han guiado sus reflexiones en base a estos intereses, hay un cierto consenso respecto a que existe una dimensión política que en nuestros contextos adquiere un valor central en lo que luego sienta las bases para poder construir mejores convivencias con vistas a la co-construcción de mejores y situados conocimientos. No me diferencio de ningún otro antropólogo en el sentido que, todos nos encontramos con un campo que está estallado, con bordes porosos y siempre cambiantes, con eventos que ocurren simultáneamente y el cual, como dice Edward Bruner tratamos de reducir su complejidad en una forma de escritura fija y convencionalizada (Bruner 1987) ya sea artículos, informes, monografías o tesis. Estos “textos” como los agrupa Renato Rosaldo (1989) por muchos años referían en su mayoría a “arenas en donde uno puede observar eventos formales y repetitivos” (Rosaldo 1989: 24). Sin embargo, por más que fueran según detalla el autor de preferencia etnográfica aquellos espacios definidos, ritualizados y limitados, librados del desorden de la vida diaria, nuestros “textos” terminan dando cuenta del sinfín de liminalidades. De este repensar las formas en la que escribimos de y sobre, con el pasar del tiempo, se ha desprendido la misma mirada crítica hacia la forma en la que nos desenvolvemos en el campo. Comprendiendo una práctica etnográfica más amplia y transversal cuyas etapas difícilmente tienen principio y/o fin, sin embargo, me voy a aventurar a intentar a hacer esa delimitación en forma de descripción.

El proceso de revitalización del mapuzugun que en los últimos diez años ha cobrado una mayor visibilidad y se ha sustentado cada vez más en posicionamientos políticos –con sus consensos y disensos a lo largo de todo el Pueblo mapuche– a veces es caracterizado como una crisis de transmisión, referido específicamente a la no-transmisión del idioma como un “evento crítico” (Das, 1995, Carsten 2007), el cual es reflejado en un número de personas que se reconocen o son reconocidas como hablantes en comparación con décadas anteriores. Entre algunos de los reclamos o identificación de esos cortes se desprenden ciertos análisis que conforman los sentidos comunes que se van estandarizando sobre este proceso histórico de subordinación y alterización del mapuzugun. A veces, se llega al acuerdo de que la necesidad o no de fortalecer el idioma de un Pueblo es un tema

que al conversarlo, ilumina la diversidad de posturas en relación al mismo. Entre los posicionamientos más esperanzadores o más asertivos respecto a la presencia de la lengua, se puede hacer foco tanto en las personas o *che* (en la gente) como transmisores y otras que recuerdan que no es propiedad única de las personas sino del territorio. Está última acepción a veces incluye un intento por deslegitimar por ejemplo, espacios de enseñanza-aprendizaje asociados a la escolarización tradicional y *wigka* (no mapuche).

La posición de quienes integran las “generaciones más jóvenes”, ya sea por adscripción a ese grupo o por señalamiento, suele enunciar casi como una necesidad más que un deseo, el poder aprender el idioma, y muchas de sus vidas se están orientando en pos de cumplir este objetivo a nivel colectivo. Sin embargo, aunque recae esta idea de deseo colectivo en las generaciones más jóvenes, el diálogo intergeneracional en torno a este tema no está tan demarcado o lineal. En algunas comunidades, ya los mayores no se expresan desde el mapuzugun, e igual se desearían hablar:

E: pero usted sabe unas palabras?

I: sí... algunas palabras sí... se me han venido a la mente de vuelta. Pero lo malo que es yo no aprendí bien. Yo siento eso... de no haber aprendido bien. ¡Como me encanta hablar en mapuzugun! me da como emoción no se... parece que me voy a largar a llorar...

E: es que es tan lindo

I: si es tan lindo... (Conversación personal, IC. Noviembre de 2023, Dto. de Aluminé, Neuquén)

El entrar en relación con hablantes del mapuzugun contempla muchas barreras en la actualidad, es cierto que espacios de total inmersión son difíciles de habitar, quienes adscriben o son señalados como hablantes muchas veces lo son justamente por no haber tenido una fuerte escolarización formal y en su mayoría hoy son ancianos, con dificultades sin herramientas para enseñar. Así se va generando casi un aura de imposibilidad de acceso al mapuzugun. O al menos, uno que depende de la voluntad, disponibilidad y herramientas que se le pueda otorgar a los hablantes para transmitirlo. Además, la recepción del mismo, no ocurre en recipientes vacíos, por supuesto, entonces la carga emotiva en el proceso de

aprendizaje, la dificultad de poder aprender “bien” lo que nunca se debería haber silenciado es otra arista a contemplar.

Desentrañando entonces estas múltiples acepciones, y porque vengo siguiendo este proceso hace ya un par de años, me animo a adelantar algún acuerdo tácito que es, el reconocimiento de los y las mayores que se preocuparon por transmitir la lengua. Hay algunos que lo hicieron de forma más activa y políticamente enunciadas y otras, en la intimidad de sus casas, en la ternura de ciertos cantos a los más pequeños, en las comidas, y el entrecruzamiento de estas personas en espacios ceremoniales, lugar de permanencia, cuidado y puesta en valor del mapuzugun. Este reconocimiento al que se fue arribando sobre los mayores, pone entonces en jaque esta crisis de transmisión, y las nuevas experiencias de fortalecimiento, se empiezan a concebir como no tan nuevas y más bien persistentes. Esta transmisión entonces, la concibo del modo en que la plantea David Berliner, como un proceso que ocurre en los intersticios de la interacción social en el cual la memoria va tomando forma (Berliner 2005: 578).

Aquí en este proceso es donde me inscribo, suelo trabajar con y en organizaciones mapuche y en espacios de enseñanza del idioma autónomos, preocupados por la pérdida de los mayores que se van yendo, quienes fueron criados en el mapuzugun y en consecuencia la disminución del conocimiento del idioma. Pero, también incorporo en mis reflexiones, conversaciones más amplias en relación a la lengua, cuyas trayectorias y vínculos con la misma han surcado otros caminos distantes con los cuales transitan y visibilizan aquellos que se reconocen como recuperantes. Para profundizar sobre esto, las reflexiones se desplegarán en el apartado siguiente, retomando la adscripción del “ser parte”.

Ser parte pero ser externa

En el año 2017 comencé con el aprendizaje del mapuzugun, desconociendo cuáles iban a ser los compromisos que iba a asumir respecto a la revitalización del mismo. Al emprender el estudio entonces, pude conocer y por consiguiente elaborar mi propia consciencia política respecto a los esfuerzos puestos para darle fuerza y visibilidad a este idioma que integra marcos de conocimientos silenciados (Cañumil y Ramos 2011) por el genocidio fundante del Estado-Nación-Territorio (Delrio,

Lenton, Musante, Nagy, Pérez y Papazián 2011) de Argentina. Esto fue lo que me llevó a comprometerme más con estas luchas que entre sus objetivos está el derecho a que la gente pueda expresarse en la lengua que es originaria del territorio donde habitamos.

De a poco, fui abocando a la comprensión de silenciamientos entextualizados en la prohibición de hablar, los castigos en las escuelas, les mayores echando a los niños de los espacios de conversación o ceremonia para que no aprendan, o el no haber prestado atención suficiente y la imposibilidad de volver el tiempo atrás para conversar con algún abuelo o abuela, preguntarle alguna palabra y dejarla anotada. Es inevitable el desplazamiento subjetivo que ocurre al involucrarse en estas preocupaciones. Mientras finalizaba mi licenciatura comencé con mi rol de docente del mapuzugun en una organización que se llama Pu Pichike Choike.

Así fue que en el 2019 comencé junto con mis compañeros de la organización a dictar talleres de mapuzugun en los barrios del alto de la ciudad de San Carlos de Bariloche (Pell Richards 2021), principalmente a niños –tarea que sigo sosteniendo hasta la actualidad–. Paralelamente continué con el aprendizaje del mapuzugun, pero lo particular en este proceso es que desde el 2020, fecha en el inicio de la beca doctoral, son estos procesos detallados en el apartado anterior lo que son objeto de mi investigación. Por consiguiente, expongo reconociendo las limitaciones y alcances que siempre están presentes, que al momento de realizar producciones etnográficas que intenten integrar armoniosamente nociones en relación a los compromisos políticos, decolonialidad, diálogos simétricos, activa atención en las formas de la representación, entre otras otras máximas de la antropología post giro discursivo, casi siempre estas deben considerarse simultáneamente. En otras palabras, componentes de lo que podría nombrarse según Mariela Rodríguez designa como una “etnografía adjetivada” (Rodríguez 2019) orienta bastante por donde están transitando mis preocupaciones. Por eso, es este el tema el cual me gustaría hacer también referencia en esta ponencia. Mi interés pasa por poder analizar aquí, a la luz de estos nuevos tópicos y lecturas, mi “lugar” como etnógrafa en el campo de relaciones en el cual me encuentro inmersa. Por más clásico o tradicional que suene este tema, aspiro que las reflexiones metodológicas que puedan surgir de este ejercicio sean consideradas aportes en este acostumbrado ejercicio reflexivo. En otras palabras, las preguntas que aquí se elaborarán y las

tensiones que serán traídas al texto buscan contribuir a este tópico transversal en nuestra disciplina y otras afines, tratando de no escindir lo metodológico de lo teórico en lo que respecta a nuestra manera de ejercer la práctica antropológica.

Cuando me encontré frente a la necesidad de plantear un nuevo tema para la postulación a beca doctoral, opté por evitar las vacilaciones entre ser o no ser parte del mismo proceso con el que pensaba trabajar, queriendo escapar el gris que había obtenido muchas veces, al hacer una etnografía basada en el municipio de donde provengo para mi tesis de grado. Elegí lo que podríamos decir participar “de lleno” en una investigación que reflexionara sobre la militancia del reclamo y uso del mapuzugun en organizaciones mapuche. En los primeros años, he definido a mi investigación desde las nociones más o menos estandarizadas de la antropología en colaboración, pero eran definiciones que no estaban desde mi propio lugar tan problematizadas. En mente tenía una supuesta idea de que podría construir conocimiento antropológico que luego fuera útil para acompañar las demandas en torno a este proceso que suele nombrarse como revitalización de la lengua, y desde ahí comenzaba a definir mi forma de llevar adelante esta etnografía. Con el correr del tiempo, fui comprendiendo que ese aporte sería un devenir, probablemente algo no tan visible, difícil de identificar y que únicamente quienes estuvieran inmersos en estas problemáticas iban a saber definir como tal o no.

Es por esto que luego comencé a tomar con pinzas la noción de la colaboración porque realmente mi presencia en la organización en Bariloche como otras en las que también soy invitada a dar clases en Neuquén, pasa menos por el hecho de ser antropóloga y mucho más por mi aprendizaje del mapuzugun. Por supuesto que la cotidianeidad y la amistad que muchas veces se va forjando en estas convivencias en post de nuestra militancia implica tener esos momentos donde la idea de colaboración no queda tan lejana y puede ser entonces más acertada. Me refiero aquí a las conversaciones por ejemplo, que permiten hacer aportes para ahondar en debates políticos o sobre las trayectorias de vida de los integrantes de las organizaciones. Pero a la vez, considero que estas intervenciones tampoco pueden tomarse a la ligera, y poniendo en valor las herramientas que el enfoque antropológico nos provee, incluso partiendo de la base de la exotización, creo que por más de que sea definida como siendo parte o haya arribado a ese concepto sigo conservando algo de ser agencia externa. Los debates que comparto, las

discusiones que postulo, en su gran mayoría se alimentan de las lecturas que vienen abordando estos temas académicamente y no surgen únicamente de mi día a día o de experiencias familiares. Esto es lo que va densificando el ámbito de lo externo. Lo explícito aquí al modo que es trabajado en el trabajo de Diego Escolar (2010) en relación al proceso Huarpe en Mendoza. Al principio de mi beca, no me abrí de ningún modo a formularme con cuidado y atención preguntas que cuestionen al menos, o no naturalicen mis intervenciones, especialmente porque no las veía de ese modo. Esto se corresponde con que, por ejemplo, he participado en algunos momentos de conversación públicos, o en radios pero mi principal aporte no es ese. De aquí surge este llamado de atención a mi práctica en tanto se presta al debate el pensar donde están los límites entre producir para y sobre, y la pregunta de si realmente puedo producir desde el lugar donde me encuentro involucrada o incluso si es que únicamente respondo a los intereses de las organizaciones.

Sostengo la inquietud de si mis intereses de investigación se despliegan siguiendo las motivaciones propias del campo o si al ser casi parte del mismo, son cuestiones indisolubles. A su vez no puedo dejar de cuestionar ¿hasta qué punto las discusiones en ámbitos académicos tienen algún tipo de injerencia en los debates dentro de las organizaciones mapuche abocadas a la revitalización del idioma? Hasta este momento, pareciera que la mayor injerencia y aporte viene desde el sentido contrario, de las organizaciones y hacia el conocimiento en espacios académicos.

Desplazamientos y movimientos del *kimün* (conocimientos)

En este desplazamiento de la participación en espacios de enseñanza del mapuzugun y sus demandas, más que la del campo antropológico sobre este ámbito, quería apelar a una especie de metáfora con lo que tiene que ver la clásica Teoría del Don, planteada por Marcel Mauss (1923[1979]). Es propio de quienes nos consideramos parte del proceso de revitalización del mapuzugun y estamos frente a situaciones de enseñanza que aclaremos que no es por vocación sino una responsabilidad que asumimos. En el 2021 enseñé por primera vez en un espacio de inmersión lingüística que dura cinco días y se enseña por casi 12 horas llamado "*koneltun*". Cuando me preguntó una de mis compañeras qué me estaba pareciendo la experiencia le respondí "primera y última". El cansancio, las planificaciones e

impresiones, el estar atenta a cada *chillkatufe* (estudiante) era mucho trabajo y no como imaginaba pasar mis feriados. Agregué que nunca quise ser enseñante y que me gustaba participar como estudiante. Y me dijo: “yo tampoco nunca quise enseñar, no nos queda otra” (Conversación personal, abril 2022).

Reflexionando sobre esto, fue que empecé a poner en relación con los cambios y contratos que detalla Mauss que ocurren en forma de regalos que se hacen teóricamente de manera voluntaria pero que en realidad serían hechos y devueltos obligatoriamente (Mauss 1923[1979]:156-157). Nos relacionamos por medio de diferentes reciprocidades que se podría decir se sostienen en base a las tres obligaciones: dar, recibir y devolver, solo que en un orden un poco diferente. Porque recibimos –aprendemos– no es bien visto quedarse con ese conocimiento, de allí luego el dar –enseñar a otros– y devolver –el continuar con el aprendizaje–, en tanto necesitamos crear una comunidad de habla. Así nos vamos obligando mutuamente, y aunque parece nacer de forma voluntaria, todo lo que no responda a estas obligaciones es mal visto (Mauss 1923[1979]: 166-168). Además el poder ser capaz de sostener estas tres obligaciones y encima ampliar la red de involucrados, necesariamente va construyendo prestigio, especialmente cuando ese prestigio se sustenta en saber más sobre un idioma que no tantos tienen acceso. Por lo cual, este desplazamiento como lo llamo, me invita no solo a pensar como vimos en el apartado anterior sobre mi lugar de agencia externa, sino también sobre una cuestión de poder que se conjuga con el detentar esas relaciones desiguales ya trabajadas hace muchos años en antropología. Al mismo tiempo, creo que estas obligaciones pueden recaer en los antropólogos, ya que también el recibir conocimientos llamémosle académicos, muchas veces nos sentimos obligados a compartirlos con aquellas personas que acompañan los temas que trabajamos, y no generar un ida y vuelta entre nuestros “textos” y sus contextos también puede ser mal visto.

Por supuesto que podría asumirse en mi caso, que pese a estas obligaciones no me salgo de este tipo de entramado social ya que me otorga un lugar diferencial para acompañar y registrar el proceso de revitalización del mapuzugun. Pero a lo que apunto es, haciendo ahora consciente esta fuerza que opera de las palabras en movimiento, es que justamente esa cualidad productora de ese “*Hau*” (Mauss 1923[1979]) que persiste y genera el sostenimiento de dichas obligaciones y

responsabilidades y que no ocurre, creo yo, solo en mi “campo”. Con este planteo, pegamos la vuelta y terminamos con acepciones ahora más cercanas a esas primeras nociones sobre la colaboración. Por ello, sigo considerando sugerentes los aportes de Mariela Rodríguez retomando a Luke Lassiter (2005) según lo que detalla respecto a la colaboración:

“colaborar no consiste en ayudar, sino en trabajar juntos en una tarea intelectual, en la que las interpretaciones de nuestros interlocutores no solo son integradas en la escritura sino que vuelven al trabajo de campo (...) compromisos mutuos constantes en cada etapa del proceso” (Rodríguez, 2019: 287)

En definitiva, lo que los autores introducen en conjunción con las diferentes etapas de nuestro trabajo de campo, es prestar atención desde la misma noción de campo y la posterior escritura y representación etnográfica del mismo y cómo nos movemos y hasta donde, teniendo presente a dónde queremos llegar. Lo que quisiera aquí añadir es la posibilidad de sostener estas obligaciones en los dos ámbitos (académico-militante), para nutrir recíprocamente, o *epuñpülle* como se diría en mapuzugun, de un lado hacia otro.

Reflexiones finales

En “Experiences and poetics in anthropological writing”, Edith Turner (1987) también dio cuenta la necesidad de aprender un idioma, sin mediar con análisis, sin deconstruir cada parte, sino más bien de manera inmersiva (Turner, 1987). Aunque esta es la dificultad para el mapuzugun, ella recomienda a la escritura etnográfica que haga ese mismo esfuerzo por ser inmersiva, por comenzar por la experiencia antropológica, los acontecimientos antes que las palabras, la experiencia antes de los significados objetivados (Turner, 1987:26). Y esta es la parte más esperanzadora que me gustaría poder aplicar en tanto reconozco como una respuesta, entre otras, a algunos de los interrogantes que se plantean en este GT.

Considerando este movimiento, el de poner la experiencia antropológica antes de las palabras, es que esta ponencia fue estructurada. Por eso, hice este recorrido, de explicitar el objeto de investigación considerando algunas de sus características más consensuadas para quienes participan en la temática de la revitalización y un

recorrido lineal de mi inmersión en el mismo. De este modo, fui reflejando mis cambiantes acepciones, y el devenir de mi entendimiento teórico-metodológico sobre lo qué estoy haciendo.

He escrito asumiendo que muchos colegas, especialmente quienes compartimos este GT tenemos puntos en común, y espero que superemos entonces el ámbito de lo anecdótico y que este compartir siga nutriendo las formas en las que colectivamente vamos definiendo y haciendo etnografías.

Bibliografía

- Berliner, D. 2005. An "Impossible" Transmission: Youth Religious Memories in Guinea- Conakry. *American Ethnologist* 32(4): 576-592.
- Bruner, E. 1988. "Introduction: Experiments in ethnographic writing". En Paul J. Benson (Ed), *Conversations in anthropology: anthropology and literature*. Journal of the Steward Anthropological Society. Vol 17: Numbers (1-2): 1-19. 1987-1988 (Fall/Spring).
- Cañumil, P. y Ana Ramos. 2011. "Knowledge Transmission through the Renü". *Collaborative Anthropologies* 4: 67-89, University of Nebraska Press (ISSN 1943-2550)
- Carsten, J. 2007. *Ghosts of Memory. Essays on Remembrance and Relatedness*. Jane Carsten, ed. Pp. 1-35. Australia: Blackwell
- Das, V. 1995. *Critical events: An anthropological perspective on contemporary India*. Delhi: Oxford University Press.
- Delrio W, Lenton D, Musante M, Nagy M, Pérez P y Papazián A. 2011. "Huellas de un genocidio silenciado: los indígenas en Argentina". En Revista Sociedad Latinoamericana. Vol.1 N°6: América Latina: Violencia, Poder, Crimen organizado. UNAM México
- Escolar, D. 2010. "Acompañando al pueblo huarpe': Luchas de representación y control político en la institución de comunidades huarpes de Guanacache, Mendoza." En G. Gordillo y S. Hirsch eds. *Movilizaciones indígenas e identidades en disputa en la Argentina*. Buenos Aires, Flacso-La Crujía, pp. 173-206.
- Fabian, J. 1990. "Presence and representation". En *Time and the Work of Anthropology*, 207-223. Hartwood Academic Publishers.
- Geertz, C. 1997. *El antropólogo como autor*. Buenos Aires, Paidós.

- Mauss, M. 1979 [1923-4]. "Ensayo sobre los dones. Motivo y forma del cambio en las sociedades primitivas", *Sociología y Antropología*, Ed. Tecnos, Madrid, pp. 155-222.
- Pell Richards, M. 2021. "Pichikeche en recuperaciones territoriales: el caso del lofche Buenuleo". RUNA, archivo para las ciencias del hombre. Vol 42. Número 2. Julio-Diciembre 2021. Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires y el Instituto de Ciencias Antropológicas (ICA), Argentina. Pp: 315-330
- Rodríguez, M. 2019. "Etnografía Adjetivada ¿Antídoto contra la subalternización?" En, L. Katzer y H. Chiavazza (Eds.), *Perspectivas etnográficas contemporáneas en Argentina*. Mendoza: Instituto de Arqueología y Etnología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, 274-332.
- Rosaldo, R. 1989. "Aflicción e ira de un cazador de cabezas" En: Renato Rosaldo, *Cultura y Verdad. Nueva Propuesta de análisis social*. Ed. Grijalbo, México, 1989, 15-31
- Spivak, G. Ch. 2003. "¿Puede hablar el subalterno?", Trad. Giraldo S. *Revista Colombiana de Antropología*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 39, 297-364.
- Turner, E. 1987. "Expirence and Poetics in Anthropological Writing. En Paul J. Benson (Ed). *Conversations in anthropology: anthropology and literature*. Journal of the Steward Anthropological Society. Vol 17: Numbers (1-2):21-45. 1987-1988 (Fall/Spring).